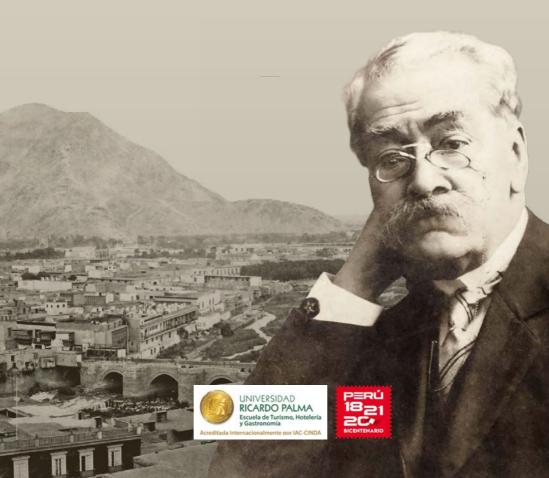
EDUARDO C. DARGENT CHAMOT

Sicardo Talma Y el Rímac

El barrio del Rímac en la obra de Palma



EDUARDO C. DARGENT CHAMOT

Sucarso Talma Y el Rímac

El barrio del Rímac en la obra de Palma





Acreditada Internacionalmente por IAC-CINDA

Dr. Elio Iván Rodríguez Chávez Rector

Dr. Félix Romero Revilla Vicerrector Académico

Dr. José Martínez Llaque Vicerrector de Investigación

Dr. Luis Ernesto Quineche Gil Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

Lic. Carlos Villena Lescano Director de la Escuela Profesional de Turismo, Hotelería y Gastronomía

Ricardo Palma y el Rímac. El barrio del Rímac en la obra de Palma Serie Cuadernos para el Bicentenario 1

Primera edición digital, septiembre 2021

Diseño y diagramación: Miguel Ángel Gonzales Soto

© Eduardo Dargent Chamot

© 2021, Universidad Ricardo Palma/ Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales Escuela de Turismo, Hotelería y Gastronomía Av. Benavides 5440, Lima 33, Perú. Telf. 708 0000, anexo 3111 esc-tyh@urp.edu.pe

Derechos reservados

ISBN digital: 978-612-48662-3-4

Hecho el depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2021-09952

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

Libro electrónico disponible en https://www.urp.edu.pe/pregrado/facultad-de-ciencias-economicas-y-empresariales/escuelas/turismo-hoteleria-y-gastronomia/publicaciones/

ÍNDICE

| RICARDO PALMA Y EL RÍMAC, Elio Iván Rodríguez Chávez | 7 |
|--|-----|
| EL BARRIO DEL RÍMAC EN LA OBRA DE PALMA | . 9 |
| REFERENCIAS | 56 |

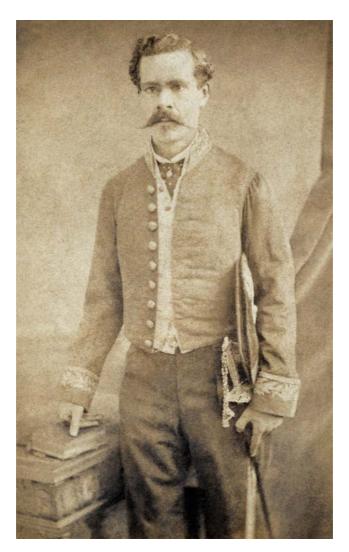


Figura 1. Ricardo Palma con uniforme de diplomático. Foto de Thiebault Fuente: Colección del autor

Tricardo Talma

RICARDO PALMA Y EL RÍMAC

on Ricardo Palma, a lo largo de su obra, nos mostró el Perú. A través de las tradiciones fue recopilando nuestra historia y poniéndola ante los ojos de los peruanos y del mundo en una forma amena en la que fue mezclando el dato histórico con los recuerdos y cuentos salidos de tertulias familiares, los personajes, los lugares y los acontecimientos nacionales con él van tomando forma. No hay tema relacionado a la peruanidad del que no se encuentren al menos unas pocas líneas en la obra del maestro.

Por ello y por la cercanía que tiene nuestra Universidad, cuyo nombre con orgullo ostenta, y el antiguo barrio bajopontino hoy conocido como distrito del Rímac, es que la Escuela de Turismo, Hotelería y Gastronomía ha querido resaltar, como homenaje al bicentenario de la independencia Nacional, toda esa riqueza patrimo-

nial que supo mantener viva don Ricardo en tantos de sus apuntes que van de lo más sagrado a lo más mundano, donde se mezcla desde el verdugo hasta el virrey y desde un cantinero hasta la mujer más cantada de los últimos tiempos coloniales: la Perricholi.

El profesor Dargent, nacido a pocas cuadras del Rímac en el Chirimoyo, en los Barrios Altos, conoce los pormenores históricos de la fundación y desarrollo de su Lima natal y ha querido, en éste ejercicio de recopilación, escudriñar los detalles de ese rincón limeño que Palma recorrió tantas veces y del que escuchó tantas cosas. Un merecido homenaje a nuestro Patrón y al Rímac.

Este nuevo texto de la Escuela de Turismo, Hotelería y Gastronomía es una muestra cabal de su permanente quehacer en investigar, editar y publicar los temas que involucran su especialidad, en este caso, mostrar la obra de nuestro ilustre Patrón.

Santiago de Surco, octubre de 2020.

Dr. Elio Iván Rodríguez Chávez Rector



Figura 2. Calle San Lázaro. Postal de Eduardo Polack Fuente: Colección del autor

El barrio del Rímac en la obra de Palma

Pocos autores han descrito el Perú a través de sus obras como el gran tradicionista Ricardo Palma. En su afán constante de evitar el olvido de una parte y de acercar la historia nacional al gran público, le pone un sabor especial al pasado en cada uno de sus relatos, haciendo que la historia, las leyendas y hasta los rumores cobren vida en sus personajes, barrios, plazas o callejones, y que los lectores nos volvamos cómplices de aventuras y hasta de las trapisondas que le tocó vivir a algunos de estos hombres y mujeres que nos antecedieron en este país maravilloso que es el Perú.

Es con ese gran cariño que sentimos por don Ricardo y por su obra, y además por haber visto en el terreno el trabajo comprometido que está haciendo el Patronato del Rímac, que hemos querido—en la Escuela de Turismo, Hotelería y Gastronomía de la Universidad Ricardo Palma— acercarnos al antiguo barrio de "San Lázaro", de "Abajo del Puente", hoy distrito del "Rímac", escudriñando los varios pasajes que Palma nos ha dejado sobre él¹.

Sin duda, en lo que al Rímac se refiere, hay hitos geográficos y humanos que son decisivos en su historia y en los recuerdos del tradicionista. El prominente cerro San Cristóbal, la centenaria plaza de toros de Acho, la tradicional fiesta de Amancaes, el Paseo de Aguas, espejo del cielo, la Alameda de los Descalzos, y, claro, cuando de personas se trata, nadie como La Perricholi, la amante del virrey Amat, quien tanto dio que hablar en la Lima pacata de entonces y cuya casa vecina de la Alameda de los Descalzos terminó siendo sede de esa otra maravilla rimense, la Cervecería Backus y Johnston, que por más de siglo y medio ha estado presente en cuanta celebración se ha desarrollado en el entorno. Se intentará, por ello, hacer un recuento lo más ordenado que sea posible de las menciones que hace Palma de este viejo barrio capitalino.

¹ Para el presente trabajo, el autor ha utilizado la edición de Tradiciones peruanas completas. Madrid: Editorial Aguilar, 1968.

La noticia más antigua que introduce Palma sobre el Rímac está relacionada al cerro San Cristóbal. Se trata de una descripción geológica de la estructura donde dice:

A un cuarto de legua de la Plaza Mayor de Lima, y encadenado a una serie de colinas que son ramificaciones de los Andes, levántase un cerrillo de forma cónica, y cuya altura es de cuatrocientos setenta varas al nivel del mar. Los geólogos que lo han visitado convienen en que es una mole de piedra, cuyas entrañas no esconden metal alguno, y sabio hubo que, en el pasado siglo, opinara que la vecindad del cerro era peligrosa para Lima, porque encerraba nada menos que un volcán de agua. Las primeras lluvias del invierno dan al cerro pintoresca perspectiva, pues toda su superficie se cubre de flores y gramalote que aprovecha el ganado vacuno (Un cerro que tiene historia, 1968: 41).

Luego aborda el aspecto histórico, recordando el momento decisivo para el inicio de la ocupación española de lo que, corriendo el tiempo, sería el Perú. Se refiere al cerco de Lima implantado en 1536 por Manco Inca (sucesor de la línea incaica), similar al que impuso en el Cusco, y cuyo fracaso se debió, desde la mentalidad simplista del siglo XVI, a un milagro de San Cristóbal. De allí que

nuestro Apu limeño lleve el nombre del Santo. Asimismo, se refiere al apoyo que los Huaylas³ brindaron a Pizarro —marido de doña Inés Huaylas, la coya hermana de Atahualpa—, a quien el fundador de la ciudad de los reyes había tomado por mujer. En "Un cerro que tiene historia", Palma escribiría:

En 1536 el Inca Manco, a la vez que con un ejército de ochenta mil indios asediaba el Cuzco, envió veinticinco mil guerreros sobre la recién fundada ciudad de Lima. Estos, para ponerse a cubierto de la caballería española, acamparon a la falda del cerro, delante del cual pasaba un brazo del Rímac, cuyo dorso continuaba por los sitios llamados hoy de Otero y el Pedregal (1968: 41).

Continúa el tradicionista haciendo el recuento de que el número de los defensores hispanos llegaba a lo mucho a medio millar y que por diez días consecutivos estuvieron resistiendo los ataques que llegaban desde el otro lado del río. Incluso comenta que doña Inés Huaylas, por incitación de una india de su comitiva, estuvo a punto de traicionar a Pizarro lo que acabó con el garrote aplicado a la incitadora y el perdón otorgado a la amante.

² Término quechua que significa señor (a) y con el cual —desde épocas preincas— se nombra al espíritu que se cree vive en las montañas y al cual se le atribuyen facultades protectoras.

³ Etnia preinca que habitó la sierra central, principalmente la región de Áncash.

Refiere el autor que —aunque era cosa de que los naturales cruzaran el río, tomasen la ciudad y acabasen con la hueste perulera— cada vez que estos pretendían hacerlo, "el hablador" montaba en cólera y ahogaba a centenares de indios mientras que a los españoles les bastaba con encomendarse a San Cristóbal, quien alguna vez había transportado al niño Jesús por aguas torrentosas, para que el río se calmara y pudieran así los soldados del rey atacar y destruir las defensas levantadas, en esa otra orilla, por la resistencia local.

Figura 3. Francisco Pizarro. De Armando Pareja IV Cent. Fundación de Lima, 193. 30mm. Cobre

Fuente: Colección del autor



Finalmente, sin que mediase justificación aparte del "milagro" aludido por los cristianos, el 14 de setiembre "los indios emprendieron la retirada" y a las cuatro de la tarde de ese mismo día:

Don Francisco Pizarro, seguido de sus bravos conmilitones, se dirigió al cerro, lo bautizó con el nombre de *San Cristóbal*, y

para dar principio a la erección de una capilla puso en la cumbre una gran cruz de madera (Palma, 1968: 42-43).

Como siempre, don Ricardo no deja al lector sin enriquecer la tradición y, saltándose los siglos, refiere que, si bien en 1537, al año siguiente del prodigio, se inauguró una capilla en la cima del San Cristóbal a la que por años acudía "por devoción y por paseo" el vecindario de la capital en los días de fiesta, ésta fue transformándose debido a que en su entorno se cometían "todo linaje de profanos excesos", hasta que en 1784, el arzobispo Juan Domingo González de La Reguera, cansado de los abusos, prohibió la romería e hizo demoler la ermita, dejando sólo el arco de la puerta y la cruz en recuerdo de la que había puesto un cuarto de milenio antes el conquistador.

También toca el autor el tema del sitio de Lima por orden de Manco Inca en la tradición "Quizá quiero, quizá no quiero" y aunque de pasada da el nombre del jefe de los sitiadores, Titu Yupanqui, quien murió, cuenta, en el combate, lo que fue, probablemente, la causa del abandono de la empresa. En lo que sí cambia algo esta vez la historia es en el número de los sitiadores que llega a triplicar, llevándolo hasta los 80,000 (Palma, 1968: 37).



Figura 4. La rebelión de Manco Inca Fuente: Dibujo de Guamán Poma de Ayala

Como dato curioso relacionado al sitio de Lima de 1536, en la tradición que llama "Si te dieren hogaza, no pidas torta", refiere que el cruel Francisco de Carbajal, más conocido como "El demonio de los Andes", había llegado al Perú justamente a causa de esos acontecimientos. Aunque a la llegada de Carbajal el peligro había pasado, tratándose de un tema propio del Rímac, no es posible dejarlo olvidado, por lo que van aquí las líneas explicativas:

El virrey de México, tan luego como tuvo noticias del peligro de sus compatriotas, dio a Francisco de Carbajal el mando de doscientos hombres aguerridos, y sin perder minuto le envió en socorro de los conquistadores (Palma, 1968: 86).

Se ve, pues que el asedio de Lima de 1536 dio, como quizás diría el tradicionista, "mucho pan por rebanar" y que al menos en tres oportunidades se ha visto que lo tuvo presente.

Vuelve a aparecer el nombre del cerro tutelar de Lima en "Lucas, el sacrílego", una tradición de dos siglos después, referida a un suceso ocurrido a muy pocos años de haberse desarrollado los hechos contados líneas arriba, y no ahora por razones de guerra y valor, sino por ser parte de un vil e impío robo. Cuenta Palma que, en 1743, un famoso platero, mestizo y ayacuchano, llamado Lucas de Valladolid, quien además era muy cercano a los curas agustinos gracias a la fama de su arte, aprovechó de esa confianza que le tenían los religiosos para robar una riquísima custodia de oro, tachonada de esmeraldas y otras piedras preciosas. En su casa desmontó piedras e hizo anillos con parte del material con la idea de venderlos sin que pudiesen ser reconocidos. Para hacer la historia corta, cuando se pusieron las campanas a tocar publicando el robo, se ofreció rescate a quien diera con el ladrón y se anunció la excomunión pertinente, Lucas decidió huir a Huancavelica con las joyas, y es aquí que aparece el San Cristóbal, pues el sacrílego no tuvo mejor idea que enterrar parte del botín en las faldas de este cerro (1968: 563)

Figura 5.
Inauguración de
la Cruz de San
Cristóbal
Cobre. 23 mm
Fuente:
Colección del autor



Aunque por la experiencia el dicho no parece certero, eso de que "el crimen no paga" se cumplió en el caso del platero y también aquello de que existen las coincidencias —para mal del caco en este caso—, pues llegando a Huancavelica ofreció una de las sortijas a la limeña esposa del intendente apellidado Solá, a quien le llamó la atención la piedra y no pudo evitar expresar: "¡Que rareza! Esta piedra es idéntica a la que obsequié para la custodia de San Agustín" (1968: 563). Ante esto el joyero, turbado abandonó raudamente la casa.

Al poco rato llegó el intendente y le comentó a su mujer que había llegado noticia de Lima del robo de la custodia. Como el ladrón ya había huido, salieron a buscarlo en todas las direcciones, hasta que fue hallado y forzado, con torturas, a confesar el crimen. Luego fue traído a Lima y condenado, pero pidió un tiempo de gra-

cia para confeccionar una custodia tan bella o más que la que había destruido, lo que se le concedió. Al término de lo cual, por sus muestras de piedad, le conmutaron la pena. Resume Palma:

Es decir, que en vez de achicharrarlo como a sacrílego, se le ahorcó muy pulcramente como a ladrón. (1968: 564)

Lo que no dice don Ricardo en sus notas —ni he visto citado en ningún otro lugar— y que está ligado definitivamente al tema de estas líneas, es qué pasó con la parte del botín que Valladolid dejó enterrado en las faldas del San Cristóbal.

Otra mención de pasada al San Cristóbal, es la que hace Palma cuando refiere el terremoto de Lima y maremoto del Callao del 28 de octubre de 1746 en "Conversión de un libertino", tradición en la que relata que Juan de Andueza salió de un lupanar del Callao a recoger unos cigarros que había dejado en la bolsa del pellón del caballo y vio que el mar se le venía encima. Montó su corcel, Andueza, y no paró hasta llegar a la Iglesia de la Merced en el hoy Jirón de la Unión, en Lima, y a caballo, ante el altar, gritaba: "¡Confesión, confesión! ¡El mar se sale!" y aunque no es necesario, por lo bien conocido que fueron los estragos causados por ese sismo, termino estas notas repitiendo las palabras consignadas en la tradición:

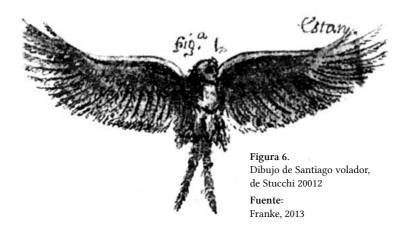
Tan tremenda noticia se esparció por Lima con velocidad eléctrica, y la gente echó a correr en dirección al San Cristóbal y cerros vecinos (Palma, 1968: 574).

Por lo visto hasta ahora, el San Cristóbal, además de ser el Apu guardián de la ciudad, ha servido para sitiar la ciudad, hacer milagros y romerías, para esconder tesoros robados y proteger a la población de los maremotos.

Para terminar con las posibilidades del San Cristóbal en la obra de Palma, queda por revisar la tradición de "Santiago el volador", interesante personaje de la segunda mitad del siglo XVII, quien —según el mencionado autor— cuando podía se escapaba a la Pampa de Amancaes o al cerro San Cristóbal para nutrirse de la naturaleza y estudiar el vuelo de las aves (1968: 612).

Santiago de Cárdenas, que así se llamaba el pretendido naturalista autodidacta, escribió tratados y hasta ofreció que, de ser financiado su ingenio, podría llevar correspondencia de Lima a Madrid en tres días. Aunque nunca pudo cumplir su sueño ni conseguir financiación para su proyecto, casi muere a causa de él, ya que en una oportunidad un desalmado corrió la voz en la ciudad que Santiago, a quien ya llamaban "volador", había ofrecido volar

desde la cumbre del San Cristóbal hasta la Plaza Mayor. El novelero público limeño se apostó en las azoteas y en las plazas para ver el prodigio, y cuando Santiago negó haber ofrecido eso, tuvo que ser rescatado del atrio de la Catedral por la gente del virrey, para no morir linchado por la decepcionada población.



La proeza de Santiago "el volador" recién pudo ser efectuada por el campeón peruano de parapente, Juan Ortiz, quien el 11 de setiembre de 2009 logró unir ambos puntos propuestos por el volador. Tan presente tiene Ortiz a su inspirador que al aterrizar comentó la trascendencia histórica de la hazaña. Andina, la Agencia Peruana de Noticias, publicó tres días después:

"Ha sido increíble, estoy muy emocionado", fueron las primeras palabras de Ortiz, quien dijo que con esta hazaña está cumpliendo el sueño de Santiago de Cárdenas, un peruano que en el siglo XVIII se trazó esta meta, pero falleció antes de cumplirla (RRC, 2009).

Otra historia interesante relacionada si no al cerro sí al corazón del Rímac, al Convento de los Descalzos, es la tradición llamada "La excomunión de los alcaldes de Lima". En esta historia habla el tradicionista de los amores entre la joven Jovita, a quien la tía mala quería casar con un viejo gotoso llamado Alonso Esquivel, y Juan Manuel Ballesteros, un joven a quien la tía detestaba. El despechado Esquivel convenció a la tía de meter a Jovita al monasterio y ofreció llevarle el documento de aceptación de las monjas.

Enterada Jovita le entregó a escondidas una carta a Ballesteros contándole del malévolo plan de la tía y del pretendiente por lo cual el enamorado dio el alcance al viejo en la puerta y le exigió entregarle el papel con la autorización de las monjas. Ante el rechazo de Esquivel, Ballesteros le clavó un puñal y lo mató. De inmediato, sabiendo lo que se le venía, la tradición rimense cuenta:

El asesino emprendió la fuga y tomó asilo en el convento de los padres Descalzos, donde contaba con deudos y amigos que lo amparasen (Palma, 1968: 534).

De inmediato los dos alcaldes de Lima, uno de los cuales era cercano al asesinado, fueron a reclamar a los frailes que entregasen al reo, pero estos se negaron contestando "con un arsenal de latines" (Palma, 1968: 534), es decir frases técnicas en latín justificando su negativa.

Los alcaldes que poco entendían de la lengua de los romanos entraron a la iglesia y encontraron a Ballesteros, al lado de un altar y abrazado a una cruz. Nada respetaron los alcaldes y se lo llevaron para hacerlo confesar el crimen por medio del tormento, pero a media sesión de torturas el reo murió.

El crimen mayor para los cristianos de la época era el haber sacado a Ballesteros de la santidad del templo, donde por tradición y costumbre se encontraba seguro, porque el asilo de la iglesia era inviolable. Por tanto, los alcaldes fueron excomulgados en una ceremonia que incluía una procesión con "cruz alta y cirios verdes" y recibieron toda la maledicencia de la "beatería de Lima". Afortunadamente para ellos, el virrey llegó a convencer al arzobispo de que levantase la excomunión, para que no creciese más la turbulencia popular.

Un lugar presente en varias tradiciones es el cerro de las Ramas, un cerrito próximo al San Cristóbal y hoy cubierto de casas que no pueden dejar de mencionarse.

En "Don Dimas de la Tijereta", un escribano viejo enamorado de una joven llamada Visitación, por quien no es correspondido. Una noche, desesperado, estando al lado del cerro de las Ramas exclama: "¡Venga un diablo cualquiera y llévese mi almilla en cambio del amor de esa caprichosa criatura!" (1968: 515-516). Poco demoró Satanás en enviar a Lilit, uno de sus asistentes al cerro de las Ramas y menos aún en firmar con Dimas de la Tijereta un contrato que a cambio de esos amores, a los tres años cumplidos él le entregaría su almilla. Al regresar el escribano a casa encontró a la bella Visitación en su casa y prendada de él. Transcurrido el tiempo pactado Lilit lo lleva al cerro de las Ramas y de allí al infierno, pero el leguleyo se salva quitándose la ropa y entregando lo que hoy se llama camiseta y entonces era conocida como almilla (1968: 516).

Vuelve Palma a mencionar el cerro de las Ramas en "El mejor amigo..., un perro", por ser allí donde enterraron a un suicida, llamado Mauro Cordato que atacó y creyó haber matado de una puñalada a una honrada y bellísima dama que no respondía a sus amores, frente a la puerta del convento de los franciscanos en la Alameda de los Descalzos donde ella iba a confesarse. El nombre de la tradición responde a que el perro del suicida se quedó al lado de su tumba hasta que pereció de inanición, no dejando a nadie acercarse (1968: 861).

Finalmente, en "La misa negra", solo menciona el cerro de las Ramas para decir que allí se reunía una mujer llamada "la madre San Diego", quien parecía piadosa, pero que confesó a la Inquisición que:

Todos los sábados, al sonar las doce de la noche, se untaba el cuerpo con un menjurje y que volando, volando, se iba hasta el cerrito de las Ramas, donde se reunía con otros brujos y brujas a bailar deshonestamente y oír la Misa Negra (1968: 834).

El Rímac tenía varios sectores o zonas y una de ellas era San Juan de Lurigancho, que, si bien ahora es un distrito independiente y muy populoso —mancillado además por estar allí la cárcel más importante de la capital y que ha dado que hablar mucho en los últimos tiempos—, era un lugar apacible y rural en tiempos de nuestro tradicionista. Tanto es así que, en el *Diccionario Geográfico Estadístico* de Mariano Felipe Paz Soldán, publicado casi un siglo después de los acontecimientos de la tradición "Creo que hay Infierno", se indica que Lurigancho "es un valle de la provincia de Lima que cuenta con 543 habitantes y cuyo poblado sólo con 24 almas" (1877: 540).

La tradición versa sobre el cantinero andaluz mal hablado, descreído, lengua suelta y, por decir lo menos, poco prudente para la época, llamado Pepete, y la intransigencia del párroco, un dominico "fanático como un musulmán" de nombre fray Nepomuceno Cabanillas. Era este cura tan estricto en su visión del mundo y el pecado que según la tradición:

Prohibió bajo pena de de excomunión que en su parroquia se bailasen el *Bate que bate*, el *Don Mateo* y la *Remensura*, y por empeño de una su confesada, chica de faldellín de raso y peineta de cacho con lentejuelas, consintió en tolerar el *Agua de nieve*, *el Gatito Miz-Miz* y el *Minué* (Palma, 1968: 736).

Por la descripción, se ve que la cantina de Lurigancho también fungía de pulpería con todas las de la ley, en la que se vendía bacalao y "vino peleón", y en la que, además, se contaba con música guitarreada por el mismísimo propietario. La "Cantina de Pepete" señala Palma, "era el lugar de tertulia de los seis u ocho notables del pueblo, y de vez en cuando el padre cura no desdeñaba honrarla con su presencia" (Palma, 1968: 736-737).

Si bien fray Nepomuceno era cliente de la cantina, no era de mente muy amplia como se mencionó arriba y menos de aguantar herejías ni que lo tomasen de punto. La cuestión reventó un día en que el tal Pepete cantó una copla como la que cita don Ricardo: La prima del cura de Chuchurumbel por no hacer dos camas se acuesta con él (1968: 737).

Al final, el cura termina por excomulgar al cantinero Pepete y poner a toda la población en su contra, hasta que el mismo arzobispo de Lima tiene que intervenir para salvarle el pellejo.

Dejando de lado el pleito entre cura y cantinero, lo interesante de esta tradición es que aporta datos sobre la vida cotidiana en los pueblitos rurales de los alrededores de Lima, en una época en la que la población era probablemente mucho menor a la citada por Paz Soldán en 1877.

Figura 7. Estampilla de correos de España con la imagen del virrey Amat

Fuente:

Colección privada



Si bien Santiago Volador, Francisco de Carbajal y el mismo Titu Yupanqui han quedado en la tradición del Rímac, el personaje más cantado a través de los siglos en relación con este barrio ha sido Micaela Villegas (1748-1819), la amante del virrey Amat y responsable, dicen, de que el representante de don Carlos III no escatimase dineros por embellecer su entorno con el Paseo de Aguas, en respuesta a su solicitud de que le bajase el cielo y demás paseos que afortunadamente han perdurado hasta el día de hoy.

En "Genialidades de la 'Perricholi'", Palma evoca la impresión causada por la joven en el señor virrey y lo poco que a éste le importó las miradas acusadoras de la sociedad de la Ciudad de los Reyes.

Acababa Amat de encargarse del gobierno del Perú cuando, en 1762, conoció en el teatro a la Villegas, que era la actriz mimada y que se hallaba en el apogeo de su juventud y belleza. Era Miquita un fresco pimpollo, y el sexagenario virrey, que por sus canas se creía ya asegurado de incendios amorosos, cayó de hinojos ante las plantas de la huanuqueña⁴, haciendo por ella durante catorce años más calaveradas que un mozalbete,

⁴ Palma siempre pensó que Micaela Villegas había nacido en Huánuco. No obstante, estudios posteriores han revelado que la popular Miquita vio la luz en Lima, el año 1748. Lo curioso es que ambos nacieron en la misma calle Puno, pero el tradicionista lo hizo 85 años después.

con no poca murmuración de la almidonada aristocracia limeña, que era un mucho estirada y mojigata (1968: 617)

Esa tradición dedicada a la vida teatral de la Miquita, tiene un pasaje especialmente importante referido al tema que nos ocupa, el Rímac. Refiere don Ricardo que al haber regresado el virrey a España, la "Perricholi" se quedó sola en Lima, por lo que con ocasión de haber recibido Amat la Insigne y Real Orden de San Jenaro de manos de Su Majestad, acontecimiento celebrado en Lima con grandes fiestas, fue a las ceremonias en "carroza arrastrada por doble tiro de mulas, privilegio especial de los títulos de Castilla", según Prosper Mérimée en su comedia Le carrosse du Saint-Sacrement, y aclarado por el mismo Palma más adelante, indicando que no fue realmente en los festejos de Amat sino en la fiesta de la Porciúncula⁵ que celebraban los padres Descalzos en su iglesia de la alameda cuando, Perricholi, en el ostentoso vehículo ya mencionado a la usanza de la aristocracia limeña, encontró a un cura de la parroquia de San Lázaro que conducía el "Sagrado viático", es decir, la hostia. Y ante esta visión:

Su corazón se desgarró al contraste de su esplendor de cortesana con la pobreza del Hombre-Dios, de su orgullo humano

⁵ Nombre de la pequeña capilla italiana donde nació la orden franciscana. Se celebra cada 2 de agosto.

con la humildad divina; y, descendiendo rápidamente de su carruaje, hizo subir a él al modesto sacerdote que llevaba en sus manos el cuerpo de Cristo.

"Anegada en lágrimas de ternura, acompañó al Santo de los Santos, arrastrando por las calles sus encajes y brocados; y no queriendo profanar el carruaje que había sido purificado con la presencia de su Dios, regaló en el acto carruaje y tiros, lacayos y libreas a la parroquia de San Lázaro" (1968: 621).



Figura 8.
Micaela Villegas y Hurtado de Mendoza "La Perricholi".
Apunte de su único retrato

Foto Manuel González Salazar

Es también en la tradición "Las cuatro P P P P de Lima", cuando al explicar la última P, tras Pila, Puente y Pan, dice que un en-

cumbrado caballero limeño en Guatemala comentó que esa última correspondía a "Peines" y explicó que Amat, "entre los juegos de agua que proyectó para un paseo público, llegó a ver concluida una cascada (que hoy no existe) conocida con el nombre de los *Peines*" (Palma, 1968: 589) Cierta o no la atribución, para lo que aquí interesa, no es de extrañar ya que justamente la casa que el virrey obsequió a su amante quedaba en el "Río Peines", de donde, con el pasar del tiempo, se sacaba el agua para elaborar la cerveza.

Otro local interesante que existió en el Rímac en los tiempos iniciales de la capital fue una cancha de bochas y palitroques que quedaba próxima al Martinete, lugar donde ahora se ha desarrollado un conjunto habitacional. De este lugar del que al parecer no hay ninguna otra referencia, cuenta el tradicionista en su "Una partida de palitroques", que era visitado cada tarde por don Francisco Pizarro, quien permanecía dos horas por vez. Menciona que en una oportunidad tranzó el marqués apuesta de a cinco ducados por partida con un soldado llamado Alonso de Palomares, maestro en ese arte. Pizarro, que se sentía muy confiado pronto se dio cuenta que el soldado era un maestro del arte de los palitroques, y que si algunas veces perdía una partida era para darle confianza. Así transcurrieron los días y Pizarro evitaba pagar la deuda de juego que ya pasaba un monto prudencial. Finalmente, el agraviado le

reclamó a Pizarro el pago a lo que éste se negó llamándole, además, "fullero". El soldado, ofendido y molesto simplemente le contestó: "Corriente, señor marqués; no pague usía si no quiere, que habré perdido mi dinero y ganado sus injurias" (1968: 35). Al parecer la respuesta le hizo gracia al marqués, según cree don Ricardo, o quizás le dio vergüenza, según mi entendimiento, la cosa es que se volteó hacia el tesorero Riquelme y le ordenó pagar lo adeudado al mozo. El colofón de esta historia de juegos y apuestas es, como termina contando la tradición, "que desde entonces, nadie volvió a ver a don Francisco Pizarro bocha en mano" (1968: 35).

Un tema recurrente referido al Rímac en la obra de Palma es la Plaza de Acho, con las corridas de toros y anécdotas sobre los toreros. Algunas menciones son, sin embargo, curiosas por no estar relacionadas con los temas propios de ese coso, como cuando describe que "hasta 1830 "existía en Acho un cuadro cómico que dice el autor no carecía de originalidad y que presentaba *el mundo al revés*. Así:

Aparecían en él los escolares azotando al dómine; la res desollando al carnicero; el burro arreando al aguador; el reo ahorcando al juez; el escribano huyendo del gatuperio; el usurero haciendo obras de caridad; el moribundo bendiciendo al médico y la medicina, et sic de caeteris ("De esta capa nadie escapa", 1968: 854).

En la misma tradición, don Ricardo relata que Ramona, la linda y mimada hija del virrey Abascal, a quien, según cuenta, de nada le daba un soponcio y que fue quien "trajo a Lima la moda de los ataques de nervios y demás arrechuchos femeniles" (1968: 855), enfermedad rápida y ampliamente imitada por las demás jovencitas capitalinas, quería conocer el arrabal de San Lázaro.

Así, un día, saliendo de palacio con su padre, cruzaron el puente y se adentraron en el arrabal que quería conocer la niña. Cuando llegaron a la calle de las campanas, la mimada señorita dio un grito y cayó desmayada. Entre un pulpero y otros vecinos llevaron de regreso a Ramona a palacio.

Interesado el virrey por la razón de la pataleta descubrió que había en la pared un gran dibujo de un hombre embozado y con una capa formada por cuernos con la inscripción "de esta capa nadie escapa". El motivo de la niña tonta para perder los papeles, la actitud del padre de mandar borrar el monigote y la defensa del pulpero de su libertad, poco interesan aquí, pero sí saber que era costumbre de entonces colocar figurones en las paredes de los establecimientos y que servían de publicidad y atractivo al negocio. Tan es esto así que un argumento del pulpero para que no le borren el embozado era que:

De tiempo inmemorial era conocido su establecimiento con el nombre de *pulpería de los machos* y que al suprimirse el emblema no tendrían los nuevos parroquianos señal fija para acudir al mostrador, lo que redundaba en daño suyo y provecho del pulpero del frente (1968: 856).

Otro lugar famoso del actual distrito del Rímac fue la Pampa de Amancaes, cantada por poetas y pintada por artistas tan destacados como Pancho Fierro. En la tradición "Los dos Sebastianes", cuyos acontecimientos datan de 1807, Palma da noticia del origen de esta fiesta de invierno que acompañó de manera destacada la vida festiva de Lima por tantos años que hasta la dulce Chabuca Granda la incorporó a su creación.



Figura 9. La Pampa de Amancaes en 1903. Fotografía de Eduardo Polack Fuente: Colección del autor

En ella narra que, hacia la fecha anotada arriba, una marquesa de Lima, que llama "X", muy rica y como prueba anota que de los coches de Lima que pagaban contribución, los de esta señora eran los que figuraban en primera fila, celebraba todos los años su cumpleaños con un almuerzo en Amancaes "de cuya esplendidez se hacían lenguas los limeños." (1968: 865)

Esto le da pie para recordar el origen del paseo de Amancaes que asegura viene desde poco después de la fundación de Lima:

En 1549, don Andrés Cinteros, acaudalado minero de Potosí, vino a establecerse en Lima, y fundó en el sitio donde más tarde se edificaría el templo de Santo Tomás, una capilla consagrada a San Juan de Letrán y en la cual se verificaba la recepción de caballeros cruzados, los que, después de la ceremonia de investidura, iban a festejarla en Amancaes. La capilla, con sus privilegios nobiliarios, se trasladó después a Palacio. Esto es cuanto sobre el origen del paseo a la pampa de Amancaes hemos alcanzado a sacar en limpio, y que está en armonía con una sucinta noticia que consigna *El Mapa*, periódico que se publicaba en Lima en 1843 (Palma, 1968: 865).

La Alameda de los Descalzos fue siempre lugar importante de la sociedad limeña y por ella paseaban calesas y caballeros montados. Allí se veían y hacían ver los personajes de la capital luciendo sus mejores galas. Algunas veces las reuniones en la alameda eran especiales como cuando se producía el llamado "Paseo de los alcaldes" que se realizaba como conclusión de la elección de los dos alcaldes el primer día del año entre los vecinos notables de la ciudad. El 6 de enero a las 4 de la tarde se realizaba el ya citado "Paseo de los alcaldes" o "Paseo del Estandarte de los alcaldes."



Figura 10. Alameda de los Descalzos. Postal de Eduardo Polack
Fuente: Colección del autor

Salían los dos alcaldes recién electos de la casa del nuevo alcalde de primer voto seguidos por todas las autoridades acompañadas de clarines y timbales, con el estandarte de la ciudad portado por el alférez real, quien cedía al primer alcalde. En el último lugar, tras cabildantes y síndicos, acompañaban los alguaciles, porteros y los demás funcionarios y empleados de menor rango.

Se dirigía todo el cortejo a la Alameda de los Descalzos donde esperaba infinidad de calesas y carruajes portando a lo más elegante de la capital, que habían invadido el entorno desde tempranas horas de la mañana para ver a las nuevas autoridades y presentarles sus respetos.

También el autor de las *Tradiciones* se refiere a la Alameda de los Descalzos, cuando habla de la costumbre de las damas más ricas de Lima de ir hasta ese rincón limeño en el día de la porciúncula. Luego de describir que la mantilla y el rebocillo eran los encubridores del coqueteo de las españolas y de las mujeres de otras capitales virreinales, cuenta que:

Para la tapada limeña lo fue el manto negro de sarga o de borloncillo, no del todo desprovisto de gracia. La llamada saya de tiritas era una curiosa extravagancia. Anualmente, en la tarde del día de la porciúncula, efectuábase una romería a la Alameda de los Descalzos, donde los buenos padres obsequiaban con un festín a los mendigos de la ciudad. Las más hermosas y acaudaladas limeñas concurrían a este acto enfundándose en la más vieja, rota y deshilachada de sus sayas, y contrastando con esa miseria ostentaban el riquísimo chal y las valiosas alhajas de siempre. Todas consumían siquiera un pedazo de pan y una cucharada de la sopa de los pobres ("La tradición de la raya y manto", 1968: 161).

Pero, es en la tradición "Predestinación", que trata de una desdichada artista de teatro, donde Palma se luce con la descripción que hace de la Alameda de los Descalzos, resaltando como era antes y como la vio él, probablemente la más bella descripción de este rincón rimense que hay en la literatura nacional, al punto que es imposible dejar de transcribirla completa:

Era el 2 de agosto de 1814 y el pueblo se dirigía en tropel a la Alameda de los Descalzos (fundada en 1611), que no ostentaba el magnífico jardín enverjado ni las marmóreas estatuas que hoy la embellecen. Calles de sauces plantados sin simetría, algunos toscos bancos de adobe y una pila de bronce al costado del conventillo de Santa Liberata constituían la Alameda, que, sin embargo de su pobreza, era el sitio más poético de Lima. Contémplase desde él las pintorescas lomas de Amancaes; el empinado San Cristóbal, cuya forma hizo presumir que encerrase en su seno un volcán, y el pequeño cerro de las Ramas, donde contaban las buenas gentes que solía aparecerse el

diablo, en cuya búsqueda subió más de un crédulo desesperado. Y en el fondo de la Alameda, como invitando al espíritu a la contemplación religiosa, severo en la sencilla arquitectura de su fachada y misterioso como el dedo de Dios, se destaca el templo de la recolección de los misioneros descalzos, fundado en 1592 por el hermano lego fray Andrés Corzo. (1968: 817)

Completa la referencia comentando que la huerta de los descalzos medía más de cinco fanegas.

No todas las historias de Palma que ocurren en el Rímac son ejemplares, costumbristas o graciosas. La de "La gatita Mari Ramos, que halaga con la cola y araña con las manos" es una tragedia de largo aliento, donde Benedicta Salazar, la bella Mari Ramos, vivía en una casa que quedaba al principiar la alameda de Acho, a la espalda de la iglesia de San Lorenzo, hacia 1788. El tradicionista la describe como:

Veinte abriles muy galanos; cutis de ese gracioso moreno aterciopelado que tanta fama dio a las limeñas, [...] ojos más negros que noche de trapisonda y velados por rizadas pestañas; boca incitante como un azucarillo amerengado; cuerpo airoso, si los hubo, y un pie que daba pie para despertar en el prójimo tentación de besarlo (1968: 725). Mari-Ramos pierde a sus padres y queda pobre y en poder de una tía malvada que lindaba "entre bruja y celestina" (1968: 725) que quiere casarla con un vejete catalán, su compadre, y se desata una lucha entre ambas mujeres, la una por imponerse y la otra defendiéndose con el tan entonces usado argumento de querer entrar al convento. Finalmente, la bella Mari-Ramos, además de ser acosada constantemente con el apodo de La Gatita Mari-Ramos por los vecinos de San Lázaro, y mantener la lucha diaria con la tía, "se escapó por el tejado, en amor y compañía de un gato pizpireto, que olía a almizcle y que tenía la mano suave" (1968: 726) el cual, como podía preverse en el relato, la abandonó con la excusa de un viaje a Cerro de Pasco.



Figura 11. Alameda de los Descalzos. Postal de Eduardo Polack Fuente: Colección del autor

Cuando la joven es consciente de que el amante no volverá de la sierra —después nos refiere Palma que además se había casado con la hija de un minero rico— decide, al encontrarlo en Lima después de un tiempo, tenderle una trampa haciéndolo caer con el truco de que sigue enamorada de él, lo invita a su casa a las diez de la noche, y en el ínterin mete a ella a un vecino que la cortejaba y ella rechazaba. La historia termina con la "gatita" asesinando al amante desleal con un puñal después de darle un narcótico, y queda entendido que le deja el bulto al desprevenido cortejador a quien había pedido esconderse en una habitación contigua.

Si bien esta tradición es poco lo que nos describe del Rímac, es mucho lo que cuenta de la difícil vida de las mujeres de entonces y más si eran pobres. El control familiar sobre sus decisiones, muchas veces por conveniencia personal, las habladurías, los rumores y la envidia de la gente, el constante acoso al que eran expuestas sin ninguna defensa, y los extremos a los que tenían que llegar en casos como en el de esta historia.

Un enfoque diferente y más bien de amplitud de mente, tolerancia y respeto se encuentra en otra tradición en la que el personaje principal es una mujer, "Juana la marimacho", porque aunque esta doña desde niña tuvo inclinaciones varoniles y terminó de eximia rejoneadora en Acho, que entonces era faena de hombres, sin soñar siquiera que siglos más tarde sería otra dama, la limeña Conchita Cintrón la mejor rejoneadora de Acho y de México, no hay, a lo largo del relato una crítica maledicente ni del autor ni del público. Hasta el padre de Juana Breña, que así se llamaba, un catalán chalán de la hacienda Retes, si bien le recomienda, "—¡Juana, no te metas a hombre!" (1968: 923) sigue de cerca los triunfos de su hija en Acho.

Palma la describe muy en detalle mientras practicaba sus suertes frente al cornúpeta, y comenta que, en las más lucidas fiestas de tauromaquia de su época, que fueron en la recepción del virrey Joaquín de la Pezuela y en la del virrey de la Concordia, estuvo "afortunadísima" al punto que, dice, sacó gran cantidad de monedas que el público le pudo arrojar desde las galerías, como era costumbre cuando las suertes eran estupendas. La descripción, mencionada al inicio de este párrafo, es la que don Ricardo creó en su mente:

La imaginación me la retrata cabalgada en brioso overo del Norte, a veinte pasos de la puerta del toril, capa colorada en mano y puro de Cartagena en boca. Con chaquetilla de raso azul con alamares de plata, falda verde botella y un rico jipijapa en la cabeza, dicen que era lo que se llama una real moza (1968: 922).

Finalmente, en una corrida por el año 1825, descuidándose una tarde, un toro de la rinconada de Mala la suspendió por los aires y el pueblo que tanto la admiraba y quería, "exhaló un inmenso alarido" temiendo lo peor, pero:

A algún santo muy milagroso debió en su cuita de encomendarse la infeliz, pues sólo así se explica que, sin más que el susto y algunas contusiones, hubiera escapado viva de los cuernos del animal (Palma, 1968: 923).

Juana Breña no volvió a torear, pero no por eso se alejó de los toros, ya que en adelante y hasta el fin de sus días, allá por el año 1840, se dedicó a carnicera y tenía su puesto en la plaza del mercado. Bien dice Palma que: "Esa china merecía estatua en la Plaza de Acho." (1968: 922)

De toros y de Acho se ocupa el tradicionista en otras oportunidades, y en una de ellas, con el adecuado título de "El primer toro", además de la historia de la curiosa costumbre de regalar el primer toro de la corrida a los sirvientes del virrey, precisa la fecha de inicio del redondel de Acho:

En 1768 efectuóse el estreno de la plaza de Acho, construida para lidias de toros. El propietario de ella, don Hipólito Landaburu, señaló desde la primera corrida veinte pesos para cerveza y *butifarras* del real representante y su cortejo. Ítem mandó que el primer toro, después de estoqueado, se obsequiase al cochero y fámulos del virrey para que estos sacasen provecho del cuero y de la carne (1968: 653).

La costumbre iniciada por don Hipólito se hizo ley y dice la tradición que se continuó hasta en tiempos del virrey Pezuela y que el toro en manos de los carniceros le reportaba a la comitiva del virrey hasta dos "peluconas", así se llamaban las piezas de ocho escudos de la época, por la figura de Su Majestad con larga peluca que aparecía en ellas.



Figura 12. Pelucona de Fernando VI, 1753

Fuente: Goepfert, Alfred. *Monedas del Peru*. Lima, 2018: 76

Con la llegada de "La patria" como se decía entonces, la costumbre del toro para la comitiva del primer mandatario desapareció y ante un intento de recuperarla, en tiempos de San Martín, Monteagudo plantó en el reclamo de los cocheros y sin ninguna consideración a la vieja tradición, un "No ha lugar" definitivo.

Sin embargo, Palma refiere que en tiempos del presidente Agustín Gamarra y después, en los de don Ramón Castilla, hubo intentos de "resucitar el pleito" por los cocheros de ambos presidentes llamados Juan Duende y Quintín Quintana respectivamente. Según cuenta Palma, estos estuvieron dispuestos a no seguir con él ante la promesa "de que en cada tarde de lidia se les acudiría con cuatro pesos, cuatro copas y cuatro butifarras" (1968: 653).

Comentando cosas de mal gusto, Palma trata sobre una costumbre que se inició en la Plaza de Acho durante los llamados "toros de la *Concordia*", en referencia al virrey Abascal, marqués de la Concordia, cuando los oficiales, que al decir del autor eran "jóvenes acaudalados del comercio y la aristocracia limeña" ("Un despejo en Acho", 1968: 1040) iniciaron eso de hacer circunvalaciones cada vez más complicadas en el coso antes del inicio de la lidia. Expresa que no entiende por qué en tiempos de este virrey se puso de moda dicha costumbre, la cual describe así:

De que en las corridas de toros saliese al redondel una compañía de soldados con uniforme de parada a hacer evoluciones, en las que había casi siempre mucho de baile de cuadrillas, con trenzado, balancín y cambio de parejas. A esto se bautizó con el nombre de *despejo* y hasta ha poquísimos años, en que a Dios gracias y con sobra de buen sentido por parte del Gobierno, tan ridícula exhibición se ha proscrito, vimos despejos en que los soldados se arrodillaban, y con flores sacadas de la cartuchera trazaban letras en el suelo hasta poner un ¡Viva mi amor!, que no lo escribiera más lindo pendolista de oficina ("Un despejo en Acho", 1968: 1040).

Después de criticar la fea costumbre de los despejos que no hacía ningún honor a los militares, y más bien eran "depresivos al decoro de la carrera de las armas", porque está claro que "no ha sido el Ejército creado para divertimento y solaz de las turbas populares" (1968: 1040), termina contando que dos días antes de retornar Simón Bolívar a Colombia, a poner orden en su país convulsionado, el primero de setiembre de 1826, el Cabildo de la ciudad lo despidió con una corrida de toros y que sorprendió al público que la compañía del batallón Legión Peruana, elegantemente uniformada y comandada por su capitán, salió al ruedo y después de hacer el saludo protocolar al jefe de Estado y su comitiva, se retiró sin demorar en el consabido despejo.

El público se indignó y gritó, cuenta Palma, la mar de improperios, pero que cuando ya, con los lances de la lidia se habían calmado los ánimos, La Mar, que estaba sentado al lado del Libertador le dijo en voz baja "tiene razón el capitán" (1968: 1041) a lo que Bolívar le contestó: "Pienso como usted general —contestó Bolivar—. La patria no paga soldados para pantomimas" (1968: 1041). Y remata el tradicionista informando que ese capitán era nada menos que Felipe Santiago Salaverry.

El tema del toreo no se agota en dos tradiciones, y bajo el título de "Tauromaquia", hace don Ricardo una historia bastante detallada de las etapas por las que pasó esta afición, arte o crueldad, según quien la mira, mencionando incluso que por una Real Cédula fechada el 6 de octubre de 1793, dejándose llevar el soberano por la presión impuesta por la Iglesia, se mandó que las corridas de toros fuesen en lunes ya que "la autoridad eclesiástica creía que por celebrarlas en domingo dejaba mucha gente de oír misa" (1968: 48)



Figura 13. Plaza de toros (Acho) Postal de Eduardo Polack Fuente: Colección del autor

La primera parte de las notas sobre este recuento de la historia del toreo trata de las actividades que se realizaban en la Plaza Mayor y luego continúa Palma con la creación de la Plaza de Acho, que inicialmente se llamó "de Hacho". Indica el autor que fue en 1768 cuando Agustín Hipólito Landaburu, empresario de la plaza, quien la terminó después de tres años de trabajos y cien mil pesos de gasto (1968: 47).

Cuéntase que al principio la plaza con capacidad de 10000 personas, sólo tenía permiso para lidiar toros ocho veces al año y una función llamada de "encierro" con la que terminaba la temporada, pero estas medidas restrictivas se fueron haciendo más flexibles con el pasar del tiempo.

Interesante dato que da a los neófitos Palma en un momento del relato cuando describe los estilos de torear y cómo se suceden:

Hasta 1750, en que se puso a la moda en España la escuela de Ronda, de matar a los toros *recibiendo*, esto es, usando el diestro bandola y estoque, no hubo en Lima sino rejoneadores para ultimar a los cornúpetos. Pocos años después vino la escuela de Sevilla, en oposición a la de Ronda, con las estocadas a *volapié* y la invención de las banderillas. Los progresos del *arte* en la metrópoli llegaban pronto a la colonia (1968: 49).

Veinte años más tarde aparecen finalmente los listines y llegan capeadores, picadores, banderilleros y rejoneadores de gran cartel a Acho. Para no entrar mucho en las crueldades que hacían sufrir al animal, sólo se mencionará, entre las varias que describe, la de la lanzada que el mismo Palma declara como "bárbara" y que consistía en colocar un hombre parado frente a la puerta del toril recostado al lado de una lanza apoyada en una tabla.

El bicho se precipitaba, ciego, sobre la lanza, y caía traspasado; pero casos hubo, pues para esta suerte se elegía un toro bravo y limpio, en que el animal, burlándose de la lanza, acometió al hombre indefenso y le dio muerte. Era costumbre que el infeliz indio de la lanzada se persignara en público pocos segundos antes de abrirse la puerta del toril para dar paso a la fiera (1968: 49).

No escapa el tradicionista de mostrar algunas notas de humor negro, como cuando menciona lo sucedido en una corrida que se llevó a cabo ya a fines del siglo XIX. El 22 de abril de 1892, en Acho. Era este espectáculo, dice, "en beneficio de las benditas almas del purgatorio" y pide que no lo tomen a risa porque puede, quien quiera, confirmarlo, leerlo en el listín que se publicó para la ocasión. Termina la nota Palma comentando que:

Cogido por un toro el banderillero español José Álvarez, fue a hacer compañía a las beneficiadas, que no tuvieron poder bastante para librarlo de las astas de un becerro de Bujama⁶ (1968: 50).

Y cuando tras varios otros datos de carácter histórico de nombre de diestros y crueldades se llega a la nota en la que el autor relata que el 9 de febrero de 1817 se llevó a cabo en Acho la lucha entre un toro y un oso, considero es tiempo de dejar el ruedo y reflexionar sobre qué tan lejos o tan cerca estaban esos cristianos peninsulares y criollos de la tan vilipendiada crueldad de los circos romanos.

Y saltando de toros a verdugos, no se puede dejar de mencionar que fue en el Rímac donde terminó la vida Pancho Sales, el verdugo que reemplazó en Lima a Grano de Oro, a quien Palma describe como "casi enano, regordete y patizambo, gran bebedor e insigne guitarrista." ("Pancho Sales, el verdugo", 1968: 749), aunque malo en su oficio de hacer nudos corredizos.

Sales se ganó el empleo cuando a falta de verdugo se propuso a los cinco reos a punto de ser ajusticiados la alternativa de

⁶ Bujama, que es hoy un apacible balneario al sur de Lima, fue una hacienda y caleta del distrito de Mala. Allí y en Maranga se criaron los primeros toros que se lidiaron en Lima. Y, según anotó Paz Soldán, "acreditada por la cría de toros que se lidian en la plaza de Lima" (1877: 111).

librarse del cadalso el que aceptase el encargo. Este Pancho, que había convencido a sus colegas de horca de jurar ante la hostia de negarse todos a aceptar el encargo y así, sin verdugo a la mano, tendrían que enviarlos a todos a la prisión de Valdivia en Chile o a la de Chagres en Panamá, no dudó en aceptar la oferta oficial con el argumento que mientras los otros debían cada uno al menos tres muertes, él sólo debía una, la que en tales circunstancias le sonaba a "pecado venial."

Con la llegada de la Independencia, y con ella el fin del empleo de verdugo, en 1824 Pancho Sales se quedó sin el ingreso magro de diez pesos que le daba el puesto y también sin ningún tipo de pensión, por lo que tuvo que abandonar el cajón de Rivera donde vivía y se mudó al Rímac, donde vivió en "una tienda con gran corral, inmediata a la conocida huerta de Presa, en la parroquia de San Lázaro. La historia termina con la descripción de las actividades de Sales hasta su muerte, pasado ya el año 1840:

Desde que los insurgentes, como llamó siempre a los patriotas, lo destituyeron de su elevado empleo, Pancho Sales ganaba la vida tejiendo cestos de caña y alquilando a las empresas de la plaza de Acho una jauría de perros bravos que hacían maravillas lidiando con los toros de Retes y Bujama. Todavía en la adminis-

tración Salaverry, Pancho Sales, ya no como verdugo, sino por amor al arte, se prestaba a vendar los ojos a los que iban a ser fusilados. (1968: 751)

Al final de su vida a Sales le afloró el arrepentimiento por el perjurio cometido al haber jurado ante la hostia y engañado así a sus amigos "para entrar en carrera" y dicen que consiguió, en palabras del autor de la tradición, "por confesor a un religioso descalzo, vistió de jerga y espichó tan devotamente como cumple a un buen cristiano" (1968: 751).

Para terminar con una tradición de tinte religioso, tan en boga en la Lima colonial, se ha seleccionado la que lleva el nombre de "Las Cayetanas", relato en que se mezcla la buena voluntad y el mal gusto de un clérigo llamado Gregorio Cabañas.

Con su dinero y el de las limosnas, Gregorio decidió establecer un beaterío en lo que es hoy el Rímac, con la idea que, una vez conseguidos los permisos de Roma y Madrid, pudiese elevarse a la categoría de monasterio.

La historia se desarrolla a inicios del siglo XVIII, en 1704 para ser más preciso. En esta época el asunto de los monasterios era ya un problema serio para una ciudad como Lima que pretendía poder crecer y poblarse con rapidez, y en la cual ya el veinte por ciento de sus mujeres estaba encerrada en esos establecimientos de clausura alejados del mundo. Aunque las autoridades civiles y aún las religiosas veían con preocupación el asunto, la población en general, profundamente religiosa, se sentía muy orgullosa de contar con estos centros de recolección en las que monjas y donadas rezaban a toda hora por al alma de todos. Es por ello que Palma explica que:

Los vecinos de Abajo el Puente, que no tenían en su circunscripción ningún monasterio, eran los que más empeño tomaban para que el proyecto del padre Gregorio fuese en breve realidad (1968: 512).

Una vez establecido el beaterio e ingresadas las primeras diez y seis pupilas comenzó el problema, pues Gregorio tenía muy buenos sentimientos, pero un gusto espantoso, lo que se reflejó en el uniforme que diseñó para las jóvenes. La descripción de don Ricardo hace entendible la burla y el rechazo del público a las llamadas "cayetanas".

Francamente, comenta el autor, el padre Gregorio anduvo desacertado en la elección del uniforme para sus hijas de espíritu, y pasa a describir no sin cierto sarcasmo el uniforme:

Con decir que el hábito de las cayetanas era una sotana de clérigo, digo lo bastante para justificar el ridículo que cayó sobre esas benditas. Usaban el pelo recortado a la altura del hombro y llevaban sombrero de castor. Lucían además una cadeneta de acero al cuello, y pendiente de ella, un corazón, emblema del de Jesús (1968: 512).

A causa del rechazo y la burla, "no pasó un año sin que todas hubiesen desertado, colgando la sotana". Termina diciendo la tradición que, en 1711, Gregorio tuvo que ceder tanto el local como las rentas de éste a los padres mínimos de San Francisco de Paula.

La obra de Ricardo Palma es, como se puede apreciar en estas notas, una mina inagotable de información sobre el pasado peruano. Don Ricardo, gracias a su pluma fluida y su conocimiento de nuestra historia, hizo que tanto jóvenes como viejos mirasen los pasajes de la peruanidad con cariño e interés. Se alejó intencionalmente del estilo académico, de explicar las cosas y justificar cada una de ellas con la base documental correspondiente, para contar una historia en la que mezcla la realidad con la leyenda, la verdad con lo imaginario, un imaginario que de alguna manera hace entender la verdad que pretende mostrar, haciéndola más rica al ingresar en el relato el sentimiento popular.



Tradiciones peruanas de Ricardo Palma mencionadas en el texto

- Conversión de un libertino.
- Creo que hay infierno.
- De esta capa nadie escapa.
- El primer toro.
- Juana la Marimacho.
- Genialidades de la Perricholi.
- La excomunión de los alcaldes de Lima.
- La gatita Mari-Ramos que halaga con la cola y araña con las manos.
- La tradición de la Saya y manto.

- Las Cayetanas.
- Las cuatro PPPP de Lima.
- Los dos Sebastianes.
- Lucas, el sacrílego.
- Santiago el volador.
- Si te dieren hogaza, no pidas torta.
- Tauromaquia. Apuntes para la historia del toreo.
- Un cerro que tiene historia.
- Un despejo en Acho.
- Una partida de palitroques.
- Don Dimas de la Tijereta.
- Misa negra.
- El mejor amigo... un perro.
- Premonición.
- Pancho Sales, el verdugo.

REFERENCIAS

Franke, I.

2013 El cóndor andino y Santiago de Cárdenas (1726-1766): Primeros estudios ornitológicos realizados en el Perú. Aves, Ecología y Medio Ambiente. 1 de marzo https://avescologiamedioambiente.blogspot. com/2013 03 01 archive.html?view=sidebar

PALMA, R.

1968 Tradiciones peruanas completas. 6ª ed. Madrid: Editorial Aguilar.

Paz Soldán, M.

1877 Diccionario Geográfico Estadístico del Perú. Lima: Imprenta del Estado.

RRC

2009 Por primera vez unen Cerro San Cristóbal y Plaza de Armas en vuelo parapente. ANDINA, Agencia Peruana de Noticias.

https://andina.pe/agencia/noticia-por-prime-ra-vez-unen-cerro-san-cristobal-y-plaza-armas-vuelo-parapente-264254.aspx





Eduardo Carlos Dargent Chamot (Lima, Perú 23/08/1945)

BA. Mayor Eco. por St. Mary's Univercity (San Antonio, Texas, USA, 1968); bachiller en Humanidades (Historia) por la Pontificia Universidad Católica del Perú (1988); licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú (1988); magister en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú (1999); maestro, Gestión Cultural, Patrimonio y Turismo por la Universidad de San Martín de Porres (2006); doctor en Turismo por la Universidad San Martín de Porres (2011).



Ha ejercido la docencia en la Universidad de Limaa (1982-2008), Universidad de San Martín de Porres (1982-2016), Universidad Ricardo Palma (2008-2012) y Pontificia Universidad Católica del Perú (2019-2020).

Ha sido director del Instituto del Vino del Pisco de la Universidad de San Martín de Porres (2012-2016), Investigador de la Universidad Ricardo Palma (2016-2020).

Miembro del Instituto Riva Agüero (Pontificia Universidad Católica del Perú), de la Academia Peruana del Pisco, del Instituto de Numismática y Antigüedades (Buenos Aires, Argentina) del Instituto de Investigación Numismática (Perú), de la Academia Argentina de Artes y Ciencias de la Comunicación.

Ha recibido los siguientes premios y condecoraciones: Officiel de l'Ordre de la Couronne (1990, Bélgica), Christofel Plantin (2003, Bélgica), Alberto (Coco) J. Derman, (2010, Argentina), Commendateur de l'Ordre de la couronne (2012, Bélgica), Medaglia de Benemerenza. Corpo di Polizia Locale di Roma Capitale (2012, Italia), Gourmand Cook books Awards. Best in the world (2013, China).

Ha publicado con Yasha Beresiner, Papel Money of Colombia and Perú (1973), El billete en el Perú (1979), La Moneda peruana en el siglo XVII: Reflejo de una crisis (1988), José A. Quiñones (1995), Las Casas de moneda de Lima y Potosí: Las Casas de Moneda en los reinos de Indias. Vol. II: Cecas de fundación temprana (1997), Los profesores belgas en el Perú: Cuatro siglos de presencia destacada (1999), Presencia Flamenca en la Sudamerica Colonial (2001), Con César Ferreira, Culture and Customs of Peru (2003), La comida monacal en la Lima virreinal (2009), La ceca inicial de Lima, 1568-1592 (2011), El vino peruano, patrimonio e historia (2013).

